

## LA VIDA TRIUNFA

HA pasado a la sala, y su presencia allí no intriga, juzgado así uno más que intenta distraerse. Sólo al ocupar un puesto en la mesa de juego, le han mirado un instante algunos de los curiosos congregados en derredor.

Observa un momento y al fin se decide. Saca una cartera y de ella unos billetes que le cambian en moneda; va colocándolas, distribuyéndolas en distintos números, y aguarda. Cantan uno que él jugaba y le acercan varias pilas de pesetas, que vuelve a distribuir por la mesa. Nueva jugada, y nueva ganancia que se suma a la anterior. La suerte le acompaña y, ya, las miradas todas se dirigen hacia él, que inmutable sigue jugando y ganando. Ya pierden interés las posturas de los demás, oscurecidas por la importancia de las suyas.

La espectación levantada por el desconocido, crece. Muchos dejan de jugar por seguir con atención sus manipulaciones en los cuadros.

Momentos de verdadera ansiedad.

Juega tan fuerte, que impresiona.

Los latidos de los corazones, van pendientes de los golpecitos de la bola al caer en la ruleta que gira rápida. Por fin quedó en una de sus divisiones, y el *croupier* cantó un número: el O. Jugada limpia para y la banca el desconocido perdió unos cientos de pesetas.

Los concurrentes hacían cábalas sobre lo que habría ocurrido esta vez, de salir el número en que más jugaba.

Como si con él nada fuera, reemplaza la postura, que nuevamente pierde.

La espectación se torna en asombro al ver el cambio de la suerte del joven, que empieza a contraer el ceño como única señal de su contrariedad. No obstante, sostiene las posturas fuertes, juzgando tal vez pasajero aquel rato tan contrario al anterior.

Quimera todo. Con inexorable realidad, aquel rato se prolonga tanto, deja tanto dinero de una vez, que el montón de plata, fichas y papel confundidos en la precipitación de las boladas, quedaba reducido a unos cuantos billetes y poquísima moneda.



ANDRÉS GARCÍA RUIZ

vinándosele un pensamiento fatal.

El desconocido que se ha hecho simpático, tiene la faz lívida por la impresión de una fortuna que desaparecía tan fácilmente como se formó.

Una jugada más, y ni en la cartera, ni en la mesa, le quedaba nada que aventurar a un número.

Habíase arruinado.

Demás estaba, por tanto, allí, y se levantó abatido y sombrío, adi-

Salió de la sala, y atravesaba una terraza ocupada en absoluto por personas alegres que hablaban y reían fuerte, en contraste con su marcadísima tristeza, cuando en el animado paseo que se extendía al frente, dejáronse oír las airoas notas de una preciosa marcha.

Sin notarlo, al poco, se confundía entre la gente que paseaba satisfecha é incansable, levantando un rumor que al confundirse con la música, le disipaban los terribles pensamientos que se forjaban en su imaginación, fecunda entonces en propósitos a cual más horrendos.

Deseoso al fin de no realizar nada de lo que pensó, sonreía a la vida que cruzaba por su lado siempre alegre como si nunca en ella hubiera acaecido un infortunio que diese una lección a las almas soñadoras, y siempre en los corazones existiera una esperanza,

Las lindas muchachitas, ponían su original nota de color en el paseo perfumado por los aromas de sus cuerpos y las flores, y el joven desconocido se sentía atraído a la vida de tal forma, que un momento olvidó, si su felicidad había quedado, quizá para siempre, en la mesa de juego donde tan dichoso se creyó al principio.

Ya tranquilo, observaba a la gente reidora; pensaba con pena en sus misterios, pues no parecía extraño que ocultaran sus dramas interiores de dolor ó miseria, con una sonrisa que quisiera ser alegre.

Creíalo natural, sí, tanto, que recordó lo suyo, y también que en un bostezo le quedaban algunas, muy pocas, pesetas.

Decidió probar con ellas si persistía contraria la suerte y volvió, colocándolas de una vez. Al minuto pasaban a poder de la banca.

Un sudor frío le invadió. Vagó inconsciente por las galerías y en lo más apartado se detuvo.

En el paseo la banda de música ejecutaba un alegre pasodoble.

Acariciaba nuevamente la idea del suicidio, y rápido buscó el revólver. Su mano en el bolsillo tropezó con una cartulina; un retrato; su madre. En la mano la contempló unos instantes para besarla la vez última.

Parecía haber en la irreal mirada de aquella imagen un llamamiento purísimo; tal gesto de angustioso dolor creyó ver en aquel rostro, que sintiendo compasión de sí mismo, le dió vergüenza la cobardía que había imaginado.

Besó el retrato, no con la caricia postrera, sino con intenso amor.

La música sonaba cada vez más lejana, más ideal, como en un sueño y subrayaba con sus notas aquel triunfo de la vida.

Andrés GARCÍA RUIZ

Ciudad Real y Agosto, 1915.